

Por
James H. HUZIKER
según relato a Alan G. MAY

AL SUR DE AMERICA DEL SUR

Arriesgando la vida en uno de los lugares más inhóspitos de la Tierra en una chalupa sin motor. Las aventuras de pioneros ovejeros en una remota avanzada.

La Isla Bayly no se encuentra en el atlas o diccionario geográfico porque su tamaño no tiene importancia. Sin embargo, para mi hermano y para mí fue importante, porque la isla nos perteneció hace cincuenta años y porque vivimos en ella más de dos años. Eramos los residentes más australes del mundo, a seis mil quinientas millas al sur de Nueva York y sólo a mil doscientas millas del casquete antártico. Desde nuestro puesto en Bayly, mirando al sur, podíamos ver el Cabo de Hornos a la distancia.

Vivir en Bayly no fue un truco publicitario, sino el cumplimiento de un plan largamente meditado. Se trataba de una empresa seria de dos jóvenes que esperaban desarrollar un floreciente rancho ovejero. Necesitábamos pastizales buenos pero baratos y habíamos oído informes favorables del archipiélago fueguino.

Teníamos conocimiento de las ovejas desde la niñez, puesto que vivimos en las Islas Falkland, al este del Estrecho de Magallanes. Además, de muchacho fui a la Patagonia y trabajé en la hacienda ganadera de un tío, en Río Gallegos, más o menos a cien millas al norte del Estrecho. Mi hermano George también había salido de la casa en esa misma época y había trabajado en una estancia en Tierra del Fuego.

Nos encontramos en Punta Arenas, ansiosos de prepararnos para nuestra nueva aventura. Punta Arenas, en esa época, era una pequeña ciudad de menos de diez mil habitantes y, con orgullo, reclamaba el título de ser la ciudad más austral del mundo.

Mientras decidíamos a cuál de las autoridades chilenas debíamos dirigirnos, nos encontramos con un conocido llamado Grandi, quien nos contó que trabajaba una pequeña estancia en la Isla Bertram y que podía indicarnos la manera como obtener los derechos necesarios. Antes de terminar el día ya se nos habían concedido dos de las Islas Wollaston, Bayly y Grevy, por un plazo de veinte años, con el privilegio de retenerlas después de ese plazo, si así era nuestro deseo. Llegamos a quedar mudos de asombro. ¡Propiedad libre, sin impuestos! Grandi también estaba complacido porque ahora tendría vecinos a sólo cuarenta millas de distancia.

Nuestro primer día en busca de un buque apto para navegar fue decepcionante porque sólo pudimos encontrar un cutter viejo y estropeado. Un marino viejo nos contó que en cierta oportunidad éste se había dado vuelta y era cosa de locos comprarlo. Pese a todo, era lo único disponible.

Efectivamente, el cutter estaba en pésimas condiciones, pero pensamos que tal vez podríamos acondicionarlo para hacerse a la mar. Discutimos hasta altas horas de la noche si nos arriesgábamos o no y, al día siguiente, después de varias

horas de regateo, compramos el cutter "Alfredo" en quinientos pesos.

Aunque lo llamaban cutter en Punta Arenas, el "Alfredo" era para nosotros una chalupa, con vela mayor, estay y foque y sin motor. Tenía una eslora total de cuarenta pies, doce pies de manga y cinco de calado. Durante cinco o seis semanas trabajamos, desde el alba hasta el anochecer. En realidad no había apuro, pero estábamos ansiosos de zarpar. Acortamos el mástil, redujimos las velas, lo reaparejamos, calafateamos y pintamos y le pusimos dos pies de cemento en la cala, para lastre. Cuando estuvo terminado, recibimos muchas felicitaciones. Habíamos gastado otros ciento cincuenta pesos en el "Alfredo", aparte la obra de mano.

Por escasez de fondos, redujimos nuestros abastecimientos al consumo mínimo; para la seguridad, llevamos dos escopetas, un rifle y un revólver, con las respectivas municiones. Completamos los pertrechos con algunas herramientas y clavos, un par de colchones, una cocina y unas cuantas planchas de metal corrugado para techo. Uno de los dueños anteriores del "Alfredo" nos autorizó para dismantelar una cabaña que tenía en el Seno Almirantazgo, con lo que tendríamos ventanas y más techumbre.

Ahora, al reflexionar, me siento asombrado por la calma con que partimos por las aguas más peligrosas del mundo. Nuestros conocimientos de navegación no eran profundos; yo sabía cómo navegar por estima y nada más. Nuestra experiencia anterior había sido gobernar pequeñas embarcaciones en las Falkland, pero ahora, sin motor la vigilancia sería esencial. A nadie se le ocurriría, en la actualidad, zarpar a una aventura semejante sin un buen motor.

Muchas personas, del grupo que nos vió zarpar, pensaban que jamás volveríamos, pero esto no nos preocupaba en absoluto. Avanzando hacia el sur, por el Estrecho de Magallanes, paramos la primera noche, antes de obscurecer, en una abrigada bahía, que nos dio la oportunidad de derribar un ganso para la cena. En lo posible, siempre acostumbremos fondear antes de anochecer, pues no queríamos correr riesgos innecesarios. Pasada la punta surweste de Bahía Inútil encontramos un magnífico glaciar de más

o menos una milla de ancho, en la parte donde se juntaba con el agua. Pusimos rumbo hacia el Seno Almirantazgo y a la cabaña abandonada. Esto estaba lejos de nuestra ruta, pero ahora no teníamos prisa, ya nuestra gran aventura había empezado.

Un poco más allá de la mitad del trayecto, Seno arriba, encontramos la cabaña e hicimos un tétrico descubrimiento. Al lado afuera yacía el esqueleto de un hombre que había muerto sentado en el suelo, reclinado contra la pared. Nada había que indicara un crimen, de modo que supusimos que había muerto de hambre. Las costillas se habían caído y formaban un montón sobre los huesos de las caderas; la calavera yacía entre las piernas.

A la mañana siguiente, luego de embarcar las ventanas y la techumbre de planchas metálicas, decidimos ir hasta el lago Fagnano, cerca del extremo del Seno, para ver si ofrecía posibilidades para la crianza de ovejas. Después de caminar cerca de seis millas, río arriba, llegamos al lago. Era un lugar muy hermoso, las montañas llegaban casi al borde del agua, pero el terreno no se prestaba para nuestro propósito.

Navegamos de vuelta por el Seno Almirantazgo, pasamos la gran Isla Dawson y salimos a través del canal Cockburn, lenta y tranquilamente. El "Alfredo" navegaba en forma magnífica y nos convencimos que habíamos hecho una compra excelente. Al llegar a la Isla Londonderry, el mal tiempo nos obligó a permanecer allí durante una semana. Sin embargo, disfrutamos cazando, explorando y buscando oro. A propósito, muchas veces buscamos oro, pero nunca lo encontramos.

Cuando el tiempo mejoró, navegamos aproximadamente ochenta millas por el Pacífico abierto antes de caer al este y dirigirnos al brazo surweste del Canal Beagle. Con una marea aumentando atravesamos el Canal Murray, paso espectacular, entre altos acantilados rocosos, y fondeamos en el lado occidental de la Isla Navarino.

VICTIMAS DE LOS YAGANES

Mientras explorábamos encontramos un grupo de siete tumbas. Nos enteramos

después que eran las tumbas de un segundo grupo de misioneros que intentó establecerse en el archipiélago fueguino. Algunas de estas buenas personas habían sido muertas a garrotazos por los yaganes cuando realizaban su primer servicio religioso en una construcción que habían erigido recientemente. Los primeros misioneros habían muerto de hambre. La tercera tentativa, dirigida por Thomas Bridges, logró establecer, finalmente, una próspera misión en Ushuaia.

Encontramos que nuestra Bayly cubría aproximadamente quince millas cuadradas; Grevy, la isla que seguía hacia el norte, era algo más grande. Ambas pertenecen al grupo de las Wollaston, compuesto de ocho islas grandes y muchas otras más pequeñas. Bayly nos agradó más que Grevy y decidimos establecernos allí, con planes de ampliarnos posteriormente a Grevy, si las ovejas prosperaban.

La ubicación que escogimos para nuestra cabaña estaba cerca de una pequeña bahía que protegía en buena forma al "Alfredo" de los vientos del surweste. Cuando nivelamos la tierra descubrimos que habíamos escogido el antiguo emplazamiento de un campamento indígena; encontramos un pequeño montón de conchas de donde desenterramos varias puntas de harpón, hechas de hueso. Después supimos que los yaganes llamaban a este lugar Ushalameut y él iba a ser nuestro hogar.

No habíamos traído madera para construir la cabaña, pero no nos faltaba el material porque había lugares en que los restos de buques se amontonaban de uno a cinco pies. Podíamos sacar cuanto queríamos: bisagras, cerrojos y otros artículos de ferretería. ¡Imagínense: construimos las mesas, sillas, literas y armarios con madera de teca! El abastecimiento de agua lo obtuvimos de un pequeño arroyo que corría al lado de nuestra cabaña; por lo demás, George encontró un barril para el agua de lluvia.

Con nuestros alimentos de almacén y una abundante caza estábamos bien establecidos. Contábamos con gansos, patos y huevos con un mínimo de esfuerzo. Pescábamos jaibas en la bahía y los bacalao, arenques y sardinas eran numerosos. Siempre podíamos obtener salmón, un pez de lomo azul y vientre amarillo,

cerca de los bancos de algas. Navegando a Navarino podíamos variar nuestra dieta cazando unos animales de la misma familia de la llama, pero más grandes, que los llamaban guanacos. Pertenecían a una variedad diferente de la que se encuentra en Patagonia, porque eran de mayor tamaño y más sabrosos. Navarino es la única isla, al sur de la Tierra del Fuego, donde se encuentran guanacos. También en esta isla había zorros; no así en las otras. Comíamos huevos de ganso, pato, agachadiza, gaviota y pingüino; en una oportunidad probamos pingüino frito, pero era desagradable. A menudo vimos marsopas, pero no las usamos como alimento. Tampoco hicimos la prueba con las ballenas que, ocasionalmente, se acercaban a la playa. Una vez vimos cuarenta ballenas juntas en el Canal Beagle y nos escapamos por poco de meternos en problemas cuando una de ellas se acercó a sólo un par de pies del "Alfredo".

Las bayas se daban en profusión. Fresas silvestres crecían cerca del suelo, casi escondidas por el musgo. Las grosellas negras silvestres servían para hacer un excelente té, aunque tenían cierto efecto laxante. Las zarzamoras, algo parecidas a los bérberos, tenían buen gusto, ya fuera crudas o cocidas. En general, podíamos recoger bayas a manos llenas e, incluso, usábamos algunas para hacer té de las Malvinas, una bebida que frecuentemente se usa en esas islas. Los berros y el apio silvestre se encontraban fácilmente. Existía otra planta que yo conocía desde mi niñez como remedio para los malestares estomacales.

Después que la cabaña estuvo construida, hicimos los preparativos para las ovejas construyendo cercados, corrales para los corderos y vallas para impedir que las ovejas se extraviaran en los bosques y cerros que cubrían casi la quinta parte de nuestra isla; todo ello con el material rescatado de las playas.

ADQUISICION DE LAS OVEJAS

Nuestras esperanzas de conseguir ovejas estaban centradas en Ushuaia, la capital de la Tierra del Fuego argentina. Habíamos pasado siete semanas sin tener contacto con la civilización cuando decidimos hacer el viaje de setenta millas

hasta allá; nos demoramos dos días. La compra de las ovejas fue cosa fácil; otra cosa fue convencer al capitán del pequeño vapor costero para que las llevara a Bayly. Nos costó dos botellas de gin y más dinero del que podíamos permitirnos, para persuadirlo que hiciera el viaje. Luego que las ovejas estuvieron embarcadas, tuvimos tiempo de hacer algunas exploraciones.

Un gran buque alemán de cuatro palos había naufragado poco antes de nuestra llegada. Grandi nos había dicho que un buen bote salvavidas estaba varado en seco sobre las rocas en nuestra playa suroccidental y como nos interesaba poder disponer de un bote, salimos a buscarlo. Nos fuimos por tierra, llegando a un lugar de pequeños árboles de veinticinco pies de alto, curvados por la fuerza de los constantes vientos hasta quedar paralelos a la tierra a casi cinco pies de distancia. En vista que las ramas y malezas eran demasiado espesas para penetrar por debajo, tuvimos que caminar sobre esos árboles y deslizarnos por un empinado acantilado hasta llegar al buque hundido. Todo lo que quedaba era una pequeña parte de la popa asomada fuera del agua. El bote salvavidas que anhelábamos se había hecho pedazos, dos o tres chozas y un gran montón de conchas de choro indicaban que los sobrevivientes habían permanecido ahí por un tiempo, antes de ser recogidos. Un gran montón de salvavidas, algunos cubos de madera y arcos y flechas con clavos, a guisa de puntas, estaban botados al lado de los refugios.

El tiempo no era desagradable en el verano, pero las lluvias frecuentes impedían que el suelo se secara. En invierno, los terribles vientos, acompañados generalmente por nieve y granizo, eran muy cansadores. A veces, los pequeños lagos de los cerros se helaban, pero las tierras bajas no se helaban jamás. Aun con el tiempo más frío no se formaba más que una pulgada y media de hielo en el barril de agua-lluvia. La nieve no se mantenía por más de un día.

Cansos, patos, lechuzas, agachadizas, buitres, colimbos, halcones, cecetas, gaviotas, cuervos marinos, gallaretas y pingüinos eran comunes. Ocasionalmente vimos cisnes de cuello negro. Los pingüinos bobos, de poco más de un pie de

altura y que hacen un ruido semejante al de un asno, solían vivir en madrigueras bajo el pasto y ponían unos huevos excelentes, muy apreciados por los yaganes. En una oportunidad en que accidentalmente boté un huevo de la mesa, un indio que me miraba se dejó caer inmediatamente al suelo y lo lamió, no porque tuviera hambre, sino más bien porque no podía ver que se desperdiciara un huevo.

Los yaganes eran indios nómades que viajaban en canoas, sin tener un poblado permanente. Se trasladaban de isla en isla, a su antojo, y era evidente que acampaban en los mismos lugares una y otra vez porque en todas las islas se encontraban montones de conchas de chorros. Estos montones tenían un promedio de 8 pies de altura, aunque vimos algunos que eran el doble de eso.

Aunque de pequeña estatura, los yaganes eran notablemente fornidos. Un hombre de cinco pies seis pulgadas era un indio de estatura excepcional. Vivían en refugios hechos con pieles de focas o leones marinos, estiradas sobre una estructura de postes livianos. Al viajar, las pieles se desmontaban y embarcaban en las canoas. Todas las islas que se encontraban al sur del Canal Beagle constituían el territorio Yagán.

A medida que dispusieron de herramientas de acero los nativos empezaron a hacer sus canoas de madera; antes las hacían de corteza de árbol. Normalmente tenían veinticinco pies de eslora, pero eran bastante frágiles y rara vez duraban más de un año. Por lo general, mantenían fuego prendido sobre un lecho de arena mientras iban navegando. Se ha sugerido que estas fogatas pueden haber sido la causa de que Magallanes denominara a esta región como Tierra del Fuego; puede ser, también, que haya estado refiriéndose a volcanes ahora extinguidos. A mí me parece lo más probable que el nombre provenga de los muchos fuegos que se veían en la costa, ya que me parece que los yaganes no permitían que sus fogatas se extinguieran, hasta el momento del traslado de su campamento.

ENTENDIDOS EN PRONOSTICOS DE CAMBIOS ATMOSFERICOS

Aunque cubrían largas distancias en estas canoas, proclamaban que nunca habían perdido una en la mar. Eran expertos en pronosticar el tiempo y, también, sumamente precavidos. Frecuentemente esperaban hasta tres semanas que mejorara el tiempo, para iniciar un nuevo viaje.

Estos indios eran peritos en la fabricación de harpones y puntas de lanzas con huesos de ballenas. Las puntas de lanzas tenían a veces más de dos pies de largo, con muchas barbas a ambos lados; éstas las usaban también, algunas veces, para pescar. Hacían puntas de harpones, firmes y bien diseñadas, con una sola barba grande para cazar focas y leones marinos, colocándolas en la cavidad de un mango sostenidas por una correa. En Bayly encontramos varias puntas de lanza de pedernal y piedra que eran desconocidas para nuestros yaganes, pero que estaban en uso en la época de la visita de Darwin, en la década de 1830.

La mayor parte de los indios eran afales, pero nos encontramos con uno o dos de mala índole. En una ocasión tres loberos y un ayudante yagán cazaban focas en nuestra vecindad cuando, inesperadamente, el yagán asesinó a los cazadores chilenos y escapó con el bote. Algunos meses más tarde este mismo indio, acompañado por su mujer, llegó hasta Bayly y estableció su choza en la playa, frente a nuestra cabaña. Un día que George iba caminando hacia nuestro jardín, éste hombre le apuntó con su escopeta y disparó. Afortunadamente, alcancé a darme cuenta de lo que iba a ocurrir y me abalancé hacia el indio; es seguro que George habría muerto si yo no hubiera desviado la puntería. Poco después descubrimos que la tentativa de asesinato del yagán se debía a que había imaginado que George iba a visitar a su mujer. A raíz de esto le exigimos que se fuera de la isla; así lo hizo y se trasladó a Herschel, donde murió unos meses más tarde. Su mujer lo enterró en la playa y apiló rocas sobre su cadáver.

En los meses de verano, diciembre a febrero, tuvimos muchas visitas de los

yaganes que venían a cazar nutrias. Estos animales, hasta de treinta y seis pulgadas de largo, les servían de alimento, usaban unas pocas pieles y las restantes las guardaban para fines comerciales. Los indios usaban palos para hacerlas salir de las rocas y grietas y poder atacarlas a garrotazos. Muchas veces mataban más nutrias de las que podían consumir; la carne sobrante la mantenían en agua por un mes o más y luego se la comían en cualquiera etapa de descomposición.

También empleaban hondas y lazos. Solían deslizarse hasta los pájaros que estaban descansando por la noche y los laceaban con un nudo corredizo, al extremo de un palo. No era raro que llenaran una canoa con pájaros en una sola noche.

Su principal carne de consumo era la foca de pelo, pero también comían leones marinos y ballenas varadas. Consumían grandes cantidades de choros, lapas y huevos. Cuando pescaban desde una canoa, acostumbraban dejar caer pequeños trocitos de conchas blancas en el agua, para atraer a los peces y lacearlos.

Cuando bailaban, los yaganes se pintaban la cara con tierra roja mezclada con aceite de foca. El baile era siempre el mismo, muy monótono; consistía en saltar y agacharse moviendo al mismo tiempo los brazos hacia atrás y adelante. Para tales ocasiones usaban un tocado especial hecho con plumas de garza y, en casos de duelo, usaban un plumón de ganso en forma de hoja sobre la frente.

Un viejo yagán me contó que cuando uno de ellos moría, su cuerpo se cremaba sobre una pila de madera. Tan pronto como empezaba el fuego abandonaban el lugar, para volver después de varias semanas a completar la cremación si era necesario. Un yagán nunca se aventuraba solo en el bosque después de obscurecer, por temor a los espíritus. El mismo hombre explicó, con cierto placer y satisfacción, cómo solían matar a los marinos náufragos en los tiempos antiguos, con el simple propósito de obtener unas pocas pertenencias. Sólo pocos años antes de nuestra llegada, todavía era costumbre que a un yagán llegado a viejo o que fuera inválido lo llevaran a pasear por una alta roca y lo despeñaran. Se honraba al que moría de esa manera.

Las peleas entre las familias no eran raras. Una vez, George y yo fuimos a ver a qué se debía una gran conmoción y cuando llegamos al lugar supimos que las mujeres habían escondido todas las escopetas y cuchillos. El hombre más anciano, un individuo amistoso, que sabía unas pocas palabras en inglés, se abrió camino hasta el centro de la gresca y empezó a balancear su gran lanza, con lo que puso fin al tumulto. Entonces, dirigiéndose a nosotros, en tanto se golpeaba el pecho, dijo "hombre fuerte, hombre astuto". Daba la impresión de que había montado un espectáculo en beneficio nuestro. Desgraciadamente, no todas las luchas entre familias terminaban en forma tan inofensiva como la relatada.

George y yo aprendimos bastante yagán como para hacernos entender, pero nunca llegamos a dominarlo. Thomas Bridges, que compiló un diccionario yagán de más de 30.000 palabras, consideraba este idioma más expresivo, incluso, que el inglés.

Incrementamos nuestros ingresos cazando nutrias. Nuestro perro pastor nos ayudó mucho en este trabajo, ubicando y correteando a muchos animales que nosotros no podíamos localizar en los bancos de algas. Vendimos cientos de pieles en Ushuaia a \$ 2.50 cada una.

UNA FALSA ALARMA

A raíz de una exploración a la Isla Herschel se produjo un incidente algo ridículo. Accidentalmente, inicié un incendio de pastos que no pude controlar y que pronto alcanzó a un pequeño bosque que ardió furiosamente, despidiendo un denso humo. Muchos meses después tuvimos ocasión de leer un informe entregado a un periódico inglés por un capitán de buque, en el sentido de que la isla Herschel había volado y todavía se encontraba en un estado de violenta erupción.

En esta isla encontramos un criadero de elefantes marinos, el primero que habíamos visto alguna vez. Los animales se mezclaban libremente en el agua con los leones marinos de un criadero cercano. No se veían muchas focas a pesar de que decían que existía un criadero en la Isla Evout.

En una oportunidad que estábamos cazando en la isla Wollaston, vimos cuatro botes juntos e inmediatamente prendimos fuego para atraer la atención de sus tripulantes. Al verlo, los ocupantes de los botes se alejaron como si tuvieran miedo a los indios. Desde la cumbre de la isla observamos que desembarcaban en Grey. Tan pronto como el tiempo lo permitió navegamos hasta allá y encontramos a veinticinco hombres preparando desayuno en la playa. Eran náufragos de una barca francesa de tres palos que había chocado contra una roca durante una cegadora tormenta de nieve. Llevamos al Capitán a la casa de Grandi pensando que él podía trasladarlo a Ushuaia en su lancha a motor.

Al día siguiente abordamos la barca y encontramos que era de Portland, Oregón, y estaba destinada a Francia con un cargamento de trigo. En la seguridad que podíamos vender trigo en Ushuaia, cargamos el "Alfredo" y llevamos el grano a Bayly. Volvimos al buque y nos apretrechamos con ropas, quincallería, camas, herramientas, cuerdas, brea y comestibles. Al día siguiente el capitán llegó a Bayly a agradecernos la ayuda que le habíamos brindado. A la pasada había dejado un hombre de guardia en la barca. Cuando le contamos que ya habíamos sacado algo de trigo y abastecimiento no se alteró en absoluto y, por el contrario, escribió una carta con instrucciones al guardia para que nos dejara tomar cualquiera cosa que necesitáramos.

Más tarde fuimos en busca de nuevos abastecimientos, y nos vimos enfrentados con un hombre muy enérgico que, provisto de un rifle, ordenó perentoriamente detenernos. Después de discutir un poco aceptó la carta y nos dejó subir a bordo. Entre otras cosas sacamos vajilla de plata, ropa blanca, barriles de vino, cajas de champaña y una barrica de ron.

La Isla Hermet se encuentra como a mitad de jornada entre Bayly y Cabo de Hornos y allí fue donde George se encontró con otra tragedia isleña desconocida. Le correspondió examinar un tosco refugio donde encontró dos esqueletos tendidos uno afuera y otro dentro.

A la mayoría de los marinos que dan la vuelta al Cabo de Hornos les han contado, alguna vez, espeluznantes pero injustificadas historias de indios caníbales

en aquellas regiones; es posible que muchos náufragos hayan muerto, pero, precisamente, porque tenían acercarse a los indios.

Desde la Isla Navarino, donde habíamos estado cazando guanacos, decidimos cruzar el Canal Beagle para visitar a los hijos de Thomas Bridges. Yo conocía bastante bien a Lucas y me había encontrado con Will y Despard. Nuestra proyectada visita de un par de horas se prolongó durante tres días muy agradables al cabo de los cuales regresamos cargados de regalos; tenían fama por su hospitalidad. El rancho ganadero de los Bridges, en la costa sur de la Tierra del Fuego chilena, era un maravilloso ejemplo de lo que debía ser una estancia moderna, eficientemente operada. Recientemente Lucas escribió un libro que tituló: "La parte más distante de la Tierra", que trata sobre las islas fueguinas y sus habitantes. El entendía los diferentes dialectos de los indios y muchas veces vivió con ellos semanas enteras. Era por lo tanto, una persona calificada para escribir un libro así.

La curiosidad nos impulsó a visitar la Isla Cabo de Hornos. Muchos creen que el Cabo de Hornos es el punto más austral del territorio continental de América del Sur, pero en realidad es el extremo más austral de una pequeña isla desolada que está aproximadamente a doscientas millas al sur del Continente. Treparamos a la cumbre del Cabo, donde la Isla termina en un acantilado rocoso a seiscientos pies sobre el mar. Queríamos navegar alrededor de la isla, pero se aproximaba una tormenta y tuvimos que alejarnos rápidamente. No fue fácil la partida; una y otra vez, cuando tratábamos de largar nuestro chinchorro, se llenaba de agua y éramos devueltos a la playa. Finalmente lo logramos, felices de no haber quedado abandonados en la isla.

No éramos los únicos que habíamos tenido problemas en esas aguas. Rockwell Kent escribió un libro sobre su infructuosa tentativa de llegar al Cabo de Hornos: "Viajando hacia el Sur, desde el Estrecho de Magallanes".

En él cuenta que se detuvo en nuestra cabaña en Bayly, la que entonces estaba ocupada por cazadores clandestinos de focas, de nacionalidad argentina, y se en-

contraba en pésimas condiciones. En el libro hay varias excelentes ilustraciones de Bayly. Pero aquella que se titula "Cabaña de cazadores de focas, Bayly", me dejó con la inquietud de visitar nuevamente aquellas islas, tan vilipendiadas pero tan fascinantes para mí.

Rápidamente transcurrieron dos años y ya para entonces habíamos llegado a la conclusión de que Bayly no era apropiada para la crianza de ovejas. Los pastizales eran excelentes, pero las tormentas sudoccidentales se llevaban su buena parte. Se perdieron algunas ovejas el primer invierno y más en el segundo. Sólo sobrevivían setenta de las doscientas originales, aunque teníamos también unos cien corderos. Decidimos, pues, dejar Bayly con la idea de iniciar otra estancia más al norte. Grandi dejaba temporalmente su estancia y George había acordado con él, hacerse cargo de ella hasta que volviera. Yo hice planes para retornar a Río Gallegos. Tuvimos suerte, porque pudimos vender las ovejas, los corderos y el "Alfredo" a Grandi.

Poco después que mi hermano se hubo establecido en la isla Bertrand, Grandi regresó acompañado de un científico holandés que deseaba llegar hasta Wollaston; éste le pidió a George que lo llevara. Desgraciadamente, fueron sorprendidos por una tormenta tan fuerte que las olas inundaron y quebraron el mástil del "Alfredo". Entre ambos lograron aparejar una pequeña vela en lo poco que quedaba del mástil y con ella navegaron a la playa más cercana. Muchas horas después habían llegado a una pequeña isla frente a la costa norte de Grevy, pero al fondear el ancla no encontró fondo. Impotente y a la deriva el "Alfredo" se azotó contra las rocas y quedó seriamente averiado. George y el científico lograron llegar sanos y salvos a la

playa, y mientras observaban al "Alfredo", éste se zafó de la roca y se hundió rápidamente. Con los restos de naufragios que había en la playa, construyeron un refugio y vivieron durante veintiún días alimentándose de nutrias, huevos, lapas y unos pocos pájaros, hasta que pudieron ser recogidos.

La variación de tiempo en esas partes es increíblemente grande. En 1853, el capitán Willis, en una goleta sin motor, demoró ciento diez días en navegar desde Ushuaia a Punta Arenas, una distancia de doscientas ochenta millas, que nosotros habíamos hecho en el "Alfredo", en una ocasión, sólo en veinte días. Tal como dijo el Capitán Willis, esta región es reconocida por todas las naciones como uno de los lugares más peligrosos del mundo. Tanto para George como para mí, una de nuestras más grandes ventajas fue la bendita ignorancia que tuvimos de los peligros, previamente.

De ninguna manera estimamos que nuestra tentativa de criar ovejas en Bayly haya sido un fracaso. Habíamos demostrado que las islas estaban demasiado lejos hacia el sur y no era necesario que nadie más lo intentara. Teníamos muchos cientos de pieles de nutria, una carga de trigo y una gran cantidad de material rescatado de naufragios, lo que nos significó bastante dinero. Todo esto, más la venta de nuestras ovejas y del "Alfredo", compensó con creces nuestra inversión original.

Pero lo mejor de todo fue que habíamos vivido dos años intensos, llenos de experiencias inolvidables, de las que siempre evocamos los más agradables recuerdos.

NOTA.—Cuando este artículo se iba a imprimir, "Natural History" recibió la noticia de que James H. Huziker había fallecido. (Editor).